

CALABAZAS

en el trastero



02 NOV 2011

Día de difuntos



Presenta

CALABAZAS 
en el trastero

CALABAZAS *en el trastero*



Día de difuntos

Créditos:

Primera edición digital: noviembre 2015

Código: COD 9785400038635050003

Ilustración de portada: Kiruna

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo: José María Tamparillas

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Andrés Abel,

Juan Carlos Colorado Fernández, Crocop,

Andrés Díaz Hidalgo, Santiago Eximeno,

Carlos L. Hernando, Enrique Luque de Gregorio,

Miguel Martín Cruz, David Marugán, Ángeles Mora,

José María Pérez Hernández, Carmen del Pino

(Raelana Dsagan), Gema del Prado y Javier Trescuadras

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción al especial Día de difuntos de Calabazas en el Trastero

La muerte, la conciencia de la muerte, es la gran singularidad que define al hombre. Lo mismo que un cosmólogo, armado del excepcional aparato matemático moderno, es incapaz de ir más allá de ciertos puntos del espacio tiempo, el ser humano de a pie, en su faceta reflexiva, no puede ir más allá de las meras especulaciones cuando se trata de esa “gran singularidad”. Y si la herramienta matemática se hace inútil y detiene el paso firme del cosmólogo en seco, el ser humano, pensante, convencional, emocional y en cierto modo atormentado, a veces escoge no detenerse cuando el mecanismo racional llega a su límite y se desliza por las pendientes, las simas de lo sobrenatural, lo religioso o lo meramente especulativo.

Juegos de palabras aparte, la muerte está ahí y con la muerte, los muertos. Y con ellos, la duda, la eterna duda, la eterna incertidumbre que atenaza la

existencia, que la constriñe entre los dos extremos de una pinza que se cierra de forma inexorable.

Hay, ha habido y habrá diversas maneras de enfrentarse a este abismo; mecanismos de factura más o menos tosca, más o menos elaborados, que impiden la anulación del sistema vital y psicológico: ya sea por sobreexcitación emocional, por un bloqueo producto de la certidumbre del fin, o de la apreciación de la irrelevancia de la propia existencia. Normalmente esos mecanismos tiran por el lado más sencillo, no abusan del artificio y simplemente juegan a convencernos de que el fin es tan solo una transición, un mero rito de paso, a veces traumático, pero eminentemente transitorio y fugaz.

Siempre hay algo más allá.

No hace falta echar la vista muy atrás, en el fondo las cosas apenas han cambiado en ese aspecto, ni siquiera la irrupción violenta y homogeneizadora –en el sentido ideológico– del cristianismo ha variado demasiado las cosas al respecto de cómo nos movíamos desde la época greco romana y anteriores. El vacío nos repele y por ello lo llenamos, reinventamos la realidad para dar cuerpo a una explicación que son satisfaga y que alivie la presión existencial.

Así pues, ideamos un universo paralelo, aledaño, incrustado o lejano; un lugar físico o espiritual, según la cultura y la tradición, al que una parte sustancial y definitiva del difunto es llevado o arrastrado; a donde quizá acude por propio pie, o de la mano del *psicopompo* o guía de turno. Se trata de un tránsito animado por unas reglas muy claras, reglas que definen el antes, el durante y hasta el después; reglas que lo abarcan todo: desde cómo se ha de velar al difunto, a cómo se debe enterrar o cuánto tiempo deben los familiares esperar, los ropajes que ha de vestir y el ajuar que le ha de acompañar, hasta la forma en la que no es deseable morir. Y cualquier ruptura de las reglas conduce al desastre. Muchas de las leyendas e historias que animan el folclore de todos los tiempos, leyendas terroríficas, beben de esta fuente. La contravención de lo establecido, de la rigidez legalista que conforma la estructura que sustenta nuestra cordura, nuestra concepción del mundo, tiene consecuencias fatales, consecuencias que abren la puerta al miedo y conjuran terrores hasta entonces excomulgados, domeñados y atados en un subconsciente de poca profundidad.

Y entonces los muertos reviven, los espectros

abandonan su estado de letargia, los aparecidos vienen a reclamar lo suyo, el equilibrio ha de restablecerse y los mundos se solapan y chocan: unos son violentos, otros molestos, otros pacíficos, todos inquietantes. El temor que habíamos creído soslayar nos devora y devuelve a la incertidumbre más absoluta.

La literatura, la creatividad en general, por más que lo intente no es capaz de abjurar de este poso mítico, legendario y religioso, que está grabado a fuego en nuestro fondo antropológico. Los arquetipos y las formas, los usos y los significados están ahí, en ese limbo nebuloso del que un autor cosecha sus ideas.

La explotación literaria del más allá de la muerte, un concepto quizá por encima del ya fatídico de la propia muerte como concepto, tiene unos iconos básicos, dotados, como todo icono, de una flexibilidad histórica y cultural que los readapta, los hace entrar en letargo y los despierta. Los relatos que vienen tras esta indigesta introducción son una buena demostración de ello. Creemos desde el siglo XIX que somos originales cuando hablamos de muertos que se levantan de sus tumbas para sorber la sangre de sus familiares, pensamos en Stoker, en

Polidori, en Rice... Pero hemos olvidado que el miedo a esta suerte de fallecidos redivivos ya existía en los albores de la historia; pensamos que ese muerto fresco que se yergue de la tumba, que rasga el lienzo de tierra que lo cubre y busca saciar su hambre con los vivos, añadiéndolos a su cohorte maldita es algo moderno, contemporáneo, y basta rastrear el legendario medieval, tanto nórdico como centroeuropeo, para ver que ciertos muertos llegaban, mataban y se hacían con la voluntad de unos vivos aterrados e indefensos, y que juntos, muerto con víctimas, formaban una troupe infernal que marchaba por los caminos asolando regiones enteras, añadiendo miembro a miembro a su pequeño ejército de almas podridas...; pensamos en los espectros que regresan a cobrarse una deuda, a solicitar la intercesión de los del más acá para arreglar las cuentas descuadradas que les impiden estar en paz en el más allá: están ahí, han estado desde siempre y seguirán con su extraño y perturbador poder para inquietarnos

Sí, buena parte del imaginario del terror está invadido por la figura del difunto, del muerto, del alma que ha abandonado esta vida y que regresa desde su mundo a través de una puerta física o

imaginaria, por propio pie o mediante los conjuros de aquellos que conocen los mecanismos que rigen el tránsito entre los dos mundos: vampiros, fantasmas, espectros, almas en pena, Santas Compañías, gules, zombis; encarnados, desencarnados y a medio encarnar. El libro que tienes entre tus manos habla de ellos, de algunos más que se me hayan quedado en el tintero, habla y les deja hablar.

Y permítaseme finalizar esta breve introducción con un punto de descaro. En tiempos se solía poner bajo la protección de un santo o de un padre de la iglesia aquellos libros que el autor, en su vanidad manifiesta, consideraba lo suficientemente importantes, relevantes o ilustradores. Es obvio que, si este libro tiene como eje sobre el que pivota toda su carga terrorífica y creativa el día de difuntos, la fecha por antonomasia en la que esas puertas que separan mundos, de las que antes hemos hablado, se abren y permiten la convivencia temporal de lo que debe estar separado, debemos entonces conjurar la protección de aquel que dio origen a tan significativa fecha en su infinita caridad y claridad y presciencia.

Así pues: sea San Odilón de Cluny, antiguo abad de la abadía que señala su nombre quien nos

bendiga y se encargue de que estas letras y sus creadores vayan por buen camino y logren los objetivos que se propusieron en su parto.

Dar miedo, mucho miedo.

José M^a Tamparillas Romero

Crisantemos

Por David Marugán

*“Fieles cristianos, acordémonos de las benditas
almas del Purgatorio, con un Padre Nuestro y un
Ave María por el amor de Dios...”.*
Plegaria de la Moza de Ánimas.

Cuando el conductor se percató de las luces que surgieron titilando después del repecho, pensó que lo mejor sería parar en el pueblo antes de que anocheciera por completo. En cualquier caso no llegaría a tiempo para llevar las flores a Marta; no sería buena idea bajar el puerto con el camión cargado y con el disco del tacógrafo¹ pasado de horas. Todavía nevaba. Había coronado la máxima altitud trepando durante más de una hora por aquella carretera helada, sinuosa y desierta. El motor del Pegaso pareció ahogarse un instante cuando redujo una velocidad, pero se recuperó con un

1. Dispositivo que registra el tiempo y los sucesos originados por un vehículo durante su conducción.

fuerte rugido cuando soltó el embrague. Llevaba la ventanilla abierta para evitar que se empañaran los cristales y permitir la salida del humo de los cigarrillos que fumaba casi compulsivamente. El desfile de enormes pinos producía un zumbido intermitente e hipnótico en sus oídos; una letanía que cesó al divisar las primeras casas del pueblo y un letrero gastado, donde rezaba en letras negras: HOSTAL.

Soltó los gases y paró el motor; el camión pareció suspirar de alivio. En el asfalto –frente a la entrada del hostal– unas urracas picoteaban nerviosas los restos de un erizo atropellado. El ruido de la puerta las asustó y alzaron el vuelo graznando al unísono. Percibió el olor a leña que antes tanto le gustaba.

–Buenas tardes. ¿Tienen teléfono?

–Claro señor. Allí, en la pared.

El camarero le miró por encima de las gafas mientras él buscaba monedas en los bolsillos de su vaquero.

–¿Es suya esa cisterna? –preguntó el hombre con un interés excesivo que le incomodó.

–Sí. Bueno, solo soy el chófer.

–Vaya noche para bajar el puerto. Hay que echarle muchos cojones. Yo no sería capaz –dijo

mientras limpiaba dándole la espalda y sin mucho esmero una mugrienta máquina de café.

El conductor no respondió. Se limitó a descolgar el auricular de color verde e introducir unas monedas. Al otro lado escuchó la voz adormilada de su mujer. Cerró los ojos en un gesto de dolor, carraspeó y se dispuso a hablar.

—Cariño, no podré acompañarte mañana al cementerio. Lo siento mucho. No me quedan horas de disco y está nevando. Yo...

La conversación prosiguió en tono de disculpa. El camarero puso toda su atención para captar las palabras del conductor, aunque el sonido de la máquina tragaperras lo hacía realmente difícil. Este colgó el teléfono y se dirigió de nuevo a la barra encendiendo un cigarrillo.

—Disculpe. Me gustaría pasar la noche en el pueblo antes de continuar viaje. ¿Tiene camas libres?

—Por supuesto. En este tiempo no vienen muchos forasteros por aquí. Hoy tenemos un poco más de movimiento por lo del Día de Difuntos. Son ochocientas pesetas la noche; y si le interesa le puedo hacer algo de cena antes de cerrar la cocina. Tenemos un picadillo de chuparse los dedos.

—De acuerdo, póngame un botellín también —dijo

sentándose en una mesa de formica con los bordes repletos de quemaduras. En la televisión se veía al presidente Reagan dando un discurso y unos aviones de combate despegando en segundo plano.

Ya no bebía tanto –por el momento volvía a tener cierto control–; aunque todavía tomaba aquellas píldoras para dormir casi a diario. Desde lo de Marta se sentía vacío, perdido (*muerto*; esa era realmente la palabra, pensó). Sabía que beber no arreglaría sus problemas, pero los adormecía levemente y era mal momento para estar muy *despierto*. Prefería el estado de embotamiento que le proporcionaba la medicación. Soñaba a menudo con ella –muy a su pesar–. En esos sueños sonreía mostrando sus pequeños dientes de leche y le señalaba la bicicleta con la que murió. Dejó de pensar en ello antes de tener ganas de llorar.

–Pues aquí tiene su cervecita y el picadillo. Ya me dirá...

–Muchas gracias, tiene buena pinta –contestó sorprendido, como si le acabaran de despertar.

La puerta se abrió dejando entrar un viento gélido. Un hombre de avanzada edad, un poco gordo, vestido con una sotana y cubierto por una boina, entró frotándose las manos y resoplando. El

conductor se fijó en sus mejillas sonrosadas y reparó en que no llevaba abrigo.

—Buenas tardes o, mejor dicho, buenas noches, y que aproveche —dijo en tono jovial mirando al forastero y mostrando unos dientes amarillentos en una amplia sonrisa.

El camarero le sirvió un vino tinto sin que lo pidiera. Dejó el vaso sobre la barra con un gesto de satisfacción, provocando un sonoro golpe.

—Padre, tome las llaves del camposanto. Hemos limpiado casi todas las lápidas — dijo el camarero mostrando un enorme y oxidado llavero. El anciano se sentó con cierta dificultad en el alto taburete.

—Fabuloso. Gracias, hijo. Mañana vendrá *todo el mundo* —repuso el sacerdote antes de beber con ansia del vaso. Se levantó y anduvo hacia la mesa donde estaba el forastero, que miraba la televisión sin mucho interés.

—¿Le importa que me siente con usted? No está bien beber solo. ¡Vaya nohecita para conducir ese trasto!

—Faltaría más, padre. Siéntese —contestó retirando una de las sillas. La verdad es que él prefería beber y comer solo. Lo último que necesitaba esa noche era un sacerdote viéndole cenar. Odiaba que

le observaran mientras comía.

—¿Va hacia la capital? —preguntó mirando el plato del que el forastero comía con desgana.

—Eso intento, padre. Aunque será mañana cuando pueda continuar viaje. No puedo bajar el puerto esta noche.

El anciano asintió comprensivo. Cogió un periódico que estaba doblado sobre la mesa y miró la portada. Un hombre crucificado caía boca abajo por una gran catarata. Lo extendió totalmente y se lo acercó para que pudiera verlo.

—Fíjese: estrenan *La misión* en Madrid. Si pudiese iría a verla. No tengo especial apego a los jesuitas, pero debe de ser espectacular. ¿Sabe? Nunca he entrado en un cine.

El conductor miró por encima de su interlocutor —sin prestarle la menor atención— y a través de los sucios cristales vio pasar varios niños correteando. Llevaban la cara tiznada. Se detuvieron y le miraron con curiosidad, riéndose mientras le señalaban. Luego emprendieron de nuevo la carrera por el suelo nevado, perdiéndose de vista en la oscuridad.

—Están asando castañas en las hogueras. Es la costumbre en la víspera de Difuntos. Se manchan la cara para imitar a las ánimas —explicó el cura. Ahora

mostraba un semblante serio, como si aquellos niños le hubiesen recordado algo desagradable.

Mientras terminaba la cena en silencio, escuchó una campana a lo lejos. Sonaba tres veces, se interrumpía, y volvía a sonar más lejana. No era una campana de iglesia. Nunca había escuchado un sonido igual. Creyó escuchar también una voz femenina. Siseos que iban y venían con el viento.

—La mujer de ánimas —dijo el sacerdote señalando hacia la ventana con el periódico.

—¿Qué es eso de “la mujer de ánimas”, padre? —preguntó sin disimular su curiosidad. El camarero los miraba con descaro mientras pasaba un trapo húmedo (y sucio) por la barra desierta.

—Haga frío o calor, desde hace siglos, cuando llega el ocaso, las mujeres del pueblo piden por las Benditas Ánimas del Purgatorio. Bien porque es su turno o por alguna promesa recibida; recorren cada rincón haciendo sonar la esquila², pidiendo una oración por los difuntos. Esta noche con mayor motivo, al ser víspera de Difuntos. Se rezan padrenuestros y avemarías. Dejamos los hogares encendidos, como un faro que les guía, para que

2. Campana pequeña usada también en los conventos para convocar los actos de la comunidad.

sepan *volver* esta noche. Algunos además les dejan comida.

—Ya. Entiendo —contestó el conductor con aire incrédulo. El camarero le miró visiblemente molesto.

—Le parecerá extraño, me hago cargo. Pero honrar a los muertos es honrar también a los vivos. Allá donde están, estaremos todos algún día: usted y yo no somos una excepción, amigo. Esta noche es muy especial, créame, porque nos visitan. De esta manera intentamos agradecerles y *estar en paz*.

La puerta volvió a abrirse. De nuevo una ráfaga helada se dejó sentir en sus piernas. El anciano no se inmutó: se limitó a leer el periódico mientras lo sujetaba con firmeza para evitar que se pasaran las hojas. Una mujer de mediana edad vestida de luto entró con urgencia —sin decir palabra— y descolgó el teléfono. El camarero la siguió con la mirada. La mujer susurraba unas palabras ininteligibles al auricular y después de un par de minutos colgó muy despacio y comenzó a llorar. El camarero tiró el trapo en el fregadero y salió a su encuentro. La tranquilizó cogiéndola de los brazos. Abrió la puerta y la despidió con gestos amables. La mujer se marchó reprimiendo los sollozos con la mano. Miraba al forastero antes de que la puerta se cerrase.

—¿Visitará usted mañana a sus difuntos? —preguntó el anciano intentando retomar la conversación.

—No creo que pueda llegar a tiempo. Mi esposa llevará unas flores a nuestra hija —repuso el conductor cabizbajo. Imaginó a su mujer sola, delante de la lápida de mármol con su foto, apretando los crisantemos contra su regazo y llorando. Pensó en la mujer que acababa de marcharse, le pareció ver que movía los labios diciéndole algo.

—Vaya. Lo lamento mucho. Oiga, mañana domingo oficio Misa de Réquiem por los Muertos. Le aseguro que todos rezaremos por ella —contestó con gravedad mientras le cogía de la muñeca. El chófer pensó que nunca había hablado con un cura, y menos de cosas tan íntimas, pero en el fondo, y por motivos desconocidos para él, se sintió reconfortado.

—Gracias, padre. Disculpe por la respuesta de antes. Lo estoy pasando muy mal. Daría todo porque volviera.

El conductor se tapó parcialmente la cara con una mano. Los ojos se le humedecieron y evitó la mirada paternal del viejo. El camarero apareció para dejarles un vaso de vino y una botella de cerveza.

–Invita la casa.

Los hombres levantaron ligeramente sus bebidas mirando al camarero en señal de gratitud.

–Brindemos por los Difuntos –dijo el cura sonriendo con timidez. El chófer le correspondió. El camarero desenchufó la máquina tragaperras y tiró el cable al suelo sin dejar de mirar a la mesa.

El salón quedó en silencio, solo se escuchaba el murmullo de la televisión. Fuera, los copos de nieve –ahora de mayor tamaño– se acumulaban en los cuarterones de las ventanas. El blanco de la nieve contrastaba con la negrura de la noche. Vio pasar varias mujeres con velas, rezando en voz baja. Una de ellas se detuvo frente a la ventana y se giró para mirarle. Le saludó mostrando la palma de su mano y le pareció ver que sonreía. El forastero miró hacia otra parte. En la televisión se mostraban las imágenes de unas personas ataviadas con un extraño traje de goma y unas mascarillas. Corrían de forma torpe y nerviosa portando unas pala alargadas.

–Disculpe, padre. Voy un momento al servicio.

Al levantarse se mareó un poco y tropezó con la silla. Caminó inseguro hacia el servicio. Cerró la puerta con pestillo y sacó una bola de papel aluminio que contenía dos pastillas. Se las metió en

la boca y se miró al espejo mientras se apoyaba en el lavabo para no caerse. Estaba pálido y le temblaba el pulso. Bebió agua ayudándose con la palma de la mano. Salió y se volvió a sentar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó visiblemente preocupado su compañero de mesa. El conductor se fijó en que ahora había tres personas más en el hostel: dos hombres que fumaban apoyados en la barra y otro que parecía hablar por teléfono. Este estaba prácticamente inmóvil, con los ojos muy abiertos, desorbitados. Sujetaba el auricular con tanta fuerza que sus uñas se tornaron blanquecinas.

—Sí, no se preocupe. A veces me falta el aire. A propósito, parece que no hay muchos teléfonos instalados en el pueblo —dijo para cambiar de tema y evitar dar más explicaciones.

—Por supuesto que los hay; no estamos en la Edad Media, amigo. Lo que ocurre es que este *funciona mucho mejor*, se lo puedo asegurar —contestó el sacerdote levantando el tono de voz.

—Disculpe. No quería faltar a nadie. Lo digo por la gente que he visto usándolo. No hace una noche como para venir a llamar si no es algo muy urgente (en realidad ya no sabía que decir para salir del atolladero). Esperaba que los antidepresivos no le

hubiesen causado una paranoia; a veces le ocurría.

—¿Y quién le ha dicho que no es una llamada URGENTE?

La televisión se apagó y por un momento el silencio fue total. El hombre del teléfono le taladraba con la mirada al igual que el resto de parroquianos, que volvieron la cabeza como si hubiesen recibido una orden invisible. El sacerdote apretaba los dientes con fuerza. Su rostro se enrojeció. Dejó el periódico sobre la mesa y se levantó con un gran esfuerzo; caminó arrastrando los pies, con los puños cerrados hacia la puerta. Se volvió para mirar al forastero por última vez. Señaló al teléfono con el dedo y abrió la puerta para salir. Algunos copos de nieve cayeron sobre el suelo del bar y se transformaron en gotas de agua. Después, desapareció dando un portazo.

—Por favor, ¿podría darme la llave de la habitación? Es tarde y necesito descansar; mañana será un día duro (*no te dejes llevar por el pánico, eres alcohólico y depresivo pero todavía controlas lo suficiente*, se dijo).

El camarero le dio la llave sin decir palabra y siguió con sus quehaceres. El llavero de madera tenía impreso el número seis. Sintió asco al notar

que estaba un poco húmedo. De nuevo le temblaba el pulso y comenzaba a notar que su frente se perlaba de gotas de sudor frío.

—Pues buenas noches —dijo sin obtener ninguna respuesta de su auditorio.

Creyó no ser capaz de subir los dos tramos de escalera hasta la habitación, pero finalmente lo logró. Abrió la puerta casi a oscuras y lamentó no tener nada limpio para cambiarse al día siguiente. No tenía previsto hacer noche, pero debería tener una muda en el camión: era una precaución básica para cualquier conductor profesional, y él no era ningún novato en el oficio. Encendió la luz y contempló una estancia similar a cualquier habitación de hostel en las que había dormido los últimos veinte años: fría, pequeña, agobiante, con olor a lejía barata. Cuando bajó la mirada, reparó que sobre la roída colcha beige había algo que rompía con cualquier cosa que él pudiese esperar en aquella habitación: siete crisantemos. Su espalda golpeó contra la pared. Cuando recuperó la respiración, lívido y con el corazón galopando sin control, se puso en pie agarrándose al borde de la mesilla —derribándola— y corrió escaleras abajo.

—¡Qué clase de broma...!

El camarero levantó la cabeza sonriendo. Intentaba secar un vaso con el sucio trapo.

—Vaya. Ahora mismo iba a buscarle. ¿Todo correcto en su habitación? Tiene usted una llamada.

—¿Una llamada? ¿Qué está diciendo? Yo no...

—Coja el teléfono, POR FAVOR —dijo el camarero con voz firme y pausada. Se puso el dedo índice en los labios indicándole que guardara silencio.

El chófer observó el auricular sobre la barra. No quedaba ningún cliente en el bar. Anduvo —tambaleándose— hasta el teléfono y se puso el auricular en el oído. Cerró los ojos y contuvo la respiración. En una última mirada al aparato se percató de que el cable telefónico estaba cortado sobre la grasienta pared.

—¡Papá...!

La inconfundible voz de su hija Marta penetró en su cerebro como una punzada profunda. Se sentó de golpe en el suelo y comenzó a llorar con la cabeza vuelta hacia arriba. El auricular se balanceaba colgando por el cable en espiral junto a su cabeza describiendo órbitas. El camarero rodeó la barra y fue hacia él —con parsimonia— secándose las manos concienzudamente. Dejó el trapo en el suelo y se agachó a su lado agarrándole por los hombros con

ambas manos.

—Tranquilícese, señor. La primera vez es normal. Luego uno se acostumbra. Es igual todos los años. Ya le dijimos que en estas fechas *vienen todos*. Nuestro teléfono es realmente *especial* para *ellos*, señor. Nosotros únicamente somos unos intermediarios.

Antes de perder el conocimiento por completo, y a pesar de los borrones que las lágrimas causaban en su campo visual, pudo ver que le rodeaban todas las personas que había visto en el bar del hostel esa noche: la mujer de luto, el cura, los niños con la cara tiznada y tres hombres. Todos le miraban inmóviles. Tenían un brazo pegado a lo largo del cuerpo, con el otro señalaban el teléfono con una sonrisa amarga y lunática. En su aturdimiento se imaginó cayendo en el negro pozo de la locura.

—Hable con ella, señor. Le estaba esperando. En realidad, hoy *todos le estábamos esperando*.

Fuera, la cisterna cubierta de nieve dormitaba en la zona de aparcamiento. Los copos acumulados hacían ilegible el letrero del hostel. En las callejuelas desiertas flotaba un olor dulzón como de incienso y cera quemada.

Sobre el autor de «Crisantemos»:

David Marugán (Madrid). Fue seleccionado en la antología *Calabazas en el Trastero: Monstruos de Cine* con el relato “El informe”. Repite en esta convocatoria con “Crisantemos”.